

## L OS POETAS DE LA GENERACION DEL 98

**S** IEMPRE que hay que referirse a algo relacionado con la «generación del 98» se plantea la cuestión previa de su existencia y de sus límites. Dando por válida su realidad histórica, cuestión en cuyo fondo no nos toca ahora entrar y que podemos dar por resuelta después de los últimos estudios, aún reservándonos todos los derechos de un prudente escepticismo respecto al concepto mismo de generación histórica o literaria, sólo nos resta delimitar el epígrafe que encabeza este trabajo en sus dos aspectos de generación y de poesía. Creo lo más razonable y eficaz para obtener un resultado provechoso de nuestra investigación admitir ambos conceptos en sus dimensiones más generosas, sin perjuicio de ir cerrándolos después hasta llegar a la última concentración, hasta quedarnos con los tres o dos nombres indubitables y esenciales.

Lo primero que se nos ocurre preguntar es cómo reaccionó la poesía española ante la noticia del desastre. No sólo la de los que estrenaban liras e ilusiones, sino la de todos los poetas, viejos o mozos, desengañados o entusiastas. El contraste entre unos y otros nos ofrecerá provechosas lecciones. Sin duda, todos los poetas vivientes en 1898 sentían solidariamente con los españoles diversos, y más profundamente que casi todos—en virtud de una sensibilidad especialmente delicada que hay que conceder en principio al vocado para la poesía—, la amargura de la hora. Pero bien pudo suceder, y, en efecto, sucedió, que la llaga patriótica abierta dolía tanto que no permitía de momento el desahogo del verso. Un doble respeto, por un lado, a un sentimiento demasiado vivo y sagrado para que no padezca al exteriorizarse, para que no parezca objeto de profanación al servir de estímulo al personal lucimiento y satisfacción del amor propio de artista, y, por otra parte, el respeto también a la excelsitud de la poesía, tanto más difícil cuanto elevado sea el tema, y particularmente ardua cuando quiere alzarse hasta la sublimidad del himno o la elegía patria, de tan espinosa resolución artística y técnica en la estética íntima e individualista del fin de siglo, tornaban sobremanera

DICIEMBRE 1948 - N.º 36 - Tomo XI (págs.: 440-448)  
Director de la revista: José María Sánchez de Muniain y Gil

dudoso el resultado poético de la empresa. Por eso no nos extraña que muchos labios permanecieran cerrados.

No todos, sin embargo. En algunos pudo más la tristeza, la indignación o el arranque esperanzador dirigido a los compatriotas abatidos. En 1898 vivían aún viejos poetas, alguno tan decrépito como Campoamor, que era ya la sombra de sí mismo y se debatía negándose a la coronación a que le instaba doña Emilia. Flotaba todavía en el aire sonoro la estela musical de Zorrilla. Y como único maestro en activo, Núñez de Arce paseaba entre la librería de Fernando Fe y el Prado, Carrera de San Jerónimo abajo. «Un paseo con Núñez de Arce» se titula una de las crónicas de Darío publicada en *La Nación* (lleva la fecha de 13 de octubre de 1899) y recogida en *España Contemporánea*. Prosa en verdad admirable. Don Gaspar se le confiesa derrotado, abúlico, dimitido de la esperanza y de la vida. Su pesimismo respecto al porvenir de España es total. Y el «justo y bueno» Rubén querría reanimarle, vigorizar su espíritu decadente, templarle, tirantes y férreos, los metálicos bordones de su lira de combate. «La misión del poeta es cultivar la esperanza, ascender a la verdad por el ensueño y defender la nobleza y frescura de la pasajera existencia terrenal, así sea amparándose en el palacio de la divina mentira. Te ha tocado un difícil momento en la historia de tu Patria; momento de vacilaciones y de derrumbos, de dudas y de miserias; pero tú no colgaste el arpa del «lloroso sauce». Antes bien, elevaste por tu sonora y acerada poesía las almas, reavivaste el amor a lo bello; de la duda hiciste hermosas esculturas de palabras en que vio la joven generación cómo se esculpía el castellano en potentes estrofas... No, no intentes destruir una sola ilusión. En verdad te digo que retoñará en mil partes.» Todo esto y otras aún más bellas y generosas frases las clama Rubén dentro de sí. Pero se diría que la peroración de su respetuoso silencio llega, si no a los oídos, al alma del anciano ex ministro de Ultramar, porque al año siguiente aparece su noble y entonado *¡Sursum Cordu!*, poema dedicado «a mi buen amigo el ilustre poeta Manuel Reina». Lo más interesante del poema para nuestro propósito de hoy es su «Introducción» en sus dos partes, «a España» y «a América». Si al comienzo parece que va a sufrir y aun a morir con esa España, «Job de la Historia», que se retuerce en su lecho de angustia, pronto reacciona. «Pero ¿quién habla de morir? ¿Acaso no eres, Patria, inmortal?» Ten esperanza y fe. «Tú no puedes morir, ¡Dios no lo quiere!»

¿Había leído don Gaspar la salutación de Darío *Al rey Oscar*, que es unos meses anterior a esta entrevista? La esperanza en España, la fe en España en esos soberbios y luminosos versos—ningún poeta español ha cantado a España con inspiración tan soberana—, y poco después la fe y esperanza común

— 441 —

a todas las patrias de la hispanidad en la sublime *Salutación del optimista*, que, con razón, consideraba Maeztu como el evangelio poético de nuestros destinos, convierten a Rubén Darío en el más alto poeta de cuantos cantaron a España, reaccionando con acentos de verdadera grandeza en medio de la desolación de la política y el derrotismo de la literatura.

Con Rubén Darío entramos ya cronológicamente en los límites de la «generación del 98». Cronológica y responsablemente, pues que el poeta de Nicaragua es el maestro directo de la mejor juventud contemporánea aficionada a la poesía. Nos interesa por eso su posición, tan adversa por positiva a la corrosiva abulia de los grandes prosistas del 98, como acordada por melancolía y refinamiento sensual y europeizante a la sensibilidad de los poetas llamados modernistas. Sólo que en él esa melancolía y ese decadentismo estéticos eran perfectamente compatibles con la grandeza nobilísima de un alma prócer, incapaz de la deserción y potentemente apta y áptera para los gigantes vuelos. Y eso se vió bien pronto cuando los *Cantos de Vida y Esperanza* y el himno radiante a la Argentina afirmaron al poeta de la raza, que apenas apuntaba en los primores versallescos de las *Prosas profanas*. Entretanto, otros poetas españoles, menos viejos que Núñez de Arce, pero menos jóvenes que Darío, entonan sus cantos patrióticos. El más significativo quizá es Emilio Ferrari. En sus poesías se van reflejando las sucesivas inquietudes que en el brevísimo plazo de los años trágicos modulan desde la fe, por la esperanza dudosa, a la imprecación, el sarcasmo y el desaliento. Así, en el soneto *España* aún no duda de la victoria, aunque el panorama no puede ser ya más sombrío:

«Te hiere entre las sombras la anarquía,  
ves brillar el relámpago en la altura,  
y en doble guerra, con tu sangre pura  
tiñes las olas de la mar bravía.»

Pero ya en 1897, si no tan directamente como en la *Letania*, de Rubén, y, desde luego, con más modesto vuelo poético, invoca a Don Quijote, único consuelo del débil. Mejor dicho, no le invoca, le defiende de los que así lo hacen y se escudan en el mote y empresa del caballero inmortal para justificar sus funestos e interesados errores. Plantea Ferrari en esa serie de seis sonetos lo que luego habría de llamarse el problema de las responsabilidades, y lo plantea con ademán de fiscal y acento tribunicio dignos de su maestro Núñez de Arce. El rasgo final invoca a la conciencia dormida de los españoles, porque en trance tan angustioso «es una deserción el desaliento —y una

complicidad la indiferencia». Otras poesías patrióticas de Ferrari aluden, con motivos de actualidad, por ejemplo, la guerra boer, a la pasión de España, *Cristo de la moderna Europa*, comparando la presente coyuntura a los días de Sagunto y de Numancia. Nos interesa sobre todo la nota al pie: «Advierto a los «modernistas e intelectuales» (el subrayado es de Ferrari) que la cita de Numancia y Sagunto, que tacharán de trasnochada, no sólo está hecha a conciencia de su actual desuso, sino precisamente por él. Hay un momento en que es necesario recordar las cosas que todo el mundo sabe, y es el momento en que todo el mundo las olvida.»

La escisión entre los grupos poéticos, ya por razón de edad, ya de posición estética y política, está bien marcada. El retintín para las palabras, entonces flamantes, de «modernistas» y de «intelectuales» continuará y no se extinguirá todavía en nuestros días, sin que falten razones a unos y a otros para sentirse firmes en sus respectivas posiciones y conductas.

No nos toca hoy inventariar cuanto se versificó en España medio siglo ha sobre el tema patriótico en carne viva. La cosecha sería considerable, pero estemos seguros de que la poesía que de ella pudiéramos cerner y tamizar se reduciría a muy pocos granos auténticos. Habría que examinar la poesía festiva o cómica para relacionarla con la triste caricatura contra el yanqui, tan estúpida casi siempre. Tampoco tenemos sitio para reproducir textos de Manuel del Palacio, Sinesio Delgado, Casimiro Prieto o Emilio Fernández Vaamonde.

Más interés, porque con ellas nos aproximamos de nuevo a la estricta generación del 98, tienen las ocurrencias de las pajareras musas de Salvador Rueda, legítimo precursor y maestro confesado de los nuevos poetas. En su libro *El país del sol (España)*, pueden leerse algunas poesías patrióticas, no todas recogidas en sus libros *omnibus et omnia*. El simpático malagueño es en estos versos el legítimo poeta del pueblo, casi vulgar en fuerza de primario y sincero de sentimientos. Si canta a la *Bandera española* no quiere acordarse de presentes desdichas, sino acogerse a las pasadas policromas glorias. La más importante de las poesías de Salvador Rueda inspiradas en el desastre es el *Brindis trágico*, evocación de la Nochebuena del soldado, en versos dodecasílabos de seguidilla, no faltos de emotividad ni sobrados de decoro poético.

Otro poeta de entonces—en cierto modo, aunque modestamente, anunciador de la nueva sensibilidad—es el murciano Ricardo Gil. Los versos patrióticos del poeta de *La caja de música* están recogidos en la sección *Mater Dolorosa* de su póstumo *El último libro*. Las más felices y expresivas son las que dan el título a toda la sección, curiosa de ritmo y de un simbolismo emotivo e in-

genuo. *Al cantar el gallo*, donde acusa a las naciones de cobardía y silencio ante el escarnio y la pasión de España, y otro *Aniversario*, como el de Ferrari, pero más amplio y optimista, con su grito de *Alerta*, que recuerda el *¡Sursum Corda!* de Núñez de Arce.

Y así llegamos a un poeta que cronológicamente es ya de la generación, y si se quiere hasta demasiado joven, aunque para los poetas líricos la edad de la personalidad se anticipa si los comparamos con los novelistas o pensadores. La edad del soldado cuenta un poeta malagueño de formación, aunque barcelonés de nacimiento, hijo de militar y, como tal, ardiente de patriotismo belicoso. Ricardo León, por su extremada miopía, no puede abrazar la carrera de las armas, pero tal impedimento buscará su desquite en los arpegios viriles de una lira que pronto se ha de llamar «de bronce». La musa juvenil de Ricardo León vacila aún entre la gravedad de la hora patria y las tentaciones de la hora carnal, entre la austeridad del Norte y la lumbre del Sur. El reloj de la nación marca la catástrofe, pero el de la literatura, el de la poesía, señala el colorismo regionalista y el cosmopolitismo modernista. De este último no quiere oír hablar el joven poeta. ¿Qué oídos que no sean de mercader ha de oponer a tales licencias, delicuescencias y extranjerías latinoamericanas un poeta que se llama nada menos que Ricardo (suple «corazón de») León? Cinco de las poesías de *Lira de bronce* datan del 98 y a él se refieren. En otras alude a su vocación militar y al son de las cornetas que arrulla los oídos de un niño que sueña estrellas de capitán y quiere ya arrebatarse a su padre la hoja centelleante del acero toledano. Ya los títulos de las poesías del 98 son bien expresivos: *Los Buitres*, *¡Ay de los vencidos!* ¿Qué sabéis vosotros, buitres, cuervos, dragones, serpientes; qué sabéis de Cides, Quijotes ni Bayardos? Vosotras, naciones bandoleras, impías y voraces. Ya podéis borrar de vuestros escudos las nobles animalias, las águilas y los leones. Os falta bazarria aun para ser panteras. Poco a poco, la musa patria de Ricardo León calmará sus imprecaciones y epifonemas, pero nunca desmentirá su raza, y su posición española como su credo estético permanecerán incólumes a las insinuaciones de la nueva gran poesía del siglo xx. Ricardo León, cantando a Menéndez Pelayo, símbolo de España, o el *Alerta* ante los nuevos bárbaros de 1936, no será nunca un poeta de la generación del 98, aunque a ella le adscriba el registro civil, sino un poeta del siglo xix.

¿Lo son otros muchachos que despiertan a la vida poética entre rumores lúgubres de Cavites y Habanas? ¿Podremos considerar poetas de la generación del 98 a Eduardo Marquina, a Francisco Villaespesa, a Juan Ramón Jiménez? Estos nombres, con el de Manuel Machado, son los más típicos del grupo que, según hemos visto por los dicterios de Ferrari, ya se empezaba

a llamar modernista, aunque todavía y por mucho tiempo entrecomillando una palabra que aun en 1948 no ha perdido su tufillo caricaturesco y cargante. Otra escisión, ésta de tipo estético, se está produciendo, escisión hondísima y que amenaza quedar ya permanente; la separación hasta la mutua incompatibilidad de sentimiento e ideal entre los poetas líricos y el resto de los escritores en prosa o verso. La bifurcación de la Poesía y de la Literatura. Los jóvenes aludidos militan decididos en la bandera de la Poesía, de lo que entonces empieza a definirse como «el arte por el arte» y luego como voluntad de poesía pura, posición extrema exagerada para marcar bien la incompatibilidad con los escritores de ensayos, de novelas, de teatro de tesis o de verso al servicio de esto o de lo otro. Ni un Ferrari podrá comprender el santo egoísmo de la nueva poesía, silenciosa a las angustias de la patria, ni los casi imberbes jovencuelos podrán aguantar Ferraris ni Leones con su retórica caduca y anacrónica. Como se ve, hay todo un cruce de vientos encontrados que enreda una maraña cuyos hilos no siempre es fácil desanudar. Viejos contra jóvenes. Poetas contra prosistas o prosaicos. Retóricos contra modernistas. Provincianos contra nuevos afrancesados—o europeizados y americanizados—cortezanos. A veces, una figura, una gran figura tiene suficiente personalidad para conciliar algunas de esas antinomias. La más egregia, la de Rubén Darío, ya lo vimos, armoniza españolidad y cosmopolitismo estético parisino, intimidad lírica y vena épica. ¿Y dónde colocaremos a un Miguel de Unamuno, a un Antonio Machado? ¿Poesía o prosa, modernismo o 98, aislacionismo o intervención?

Otro caso singular es el de Eduardo Marquina. Ya desde un principio alentaban en él impacencias de poeta civil, y si su técnica versificadora y muchos detalles e inquietudes le adscriben al modernismo, al madurar y nacer del lírico el poeta dramático y el épico, le vemos engrandecerse y sentirse fundamentalmente español y verbo de la contemporaneidad cívica y de la legendaria historia patria. El Cid es un buen reactivo para las diversas precipitaciones del patriotismo en un Costa, un Unamuno, un Menéndez Pidal, un Manuel Machado o un Marquina. Desde *Las hijas del Cid*, Marquina está ganado para la causa de la poesía positiva española, y quizá mejor aún que en sus dramas le veremos alzarse a alturas aguiléas, en los cantos épico-líricos de su libro *Por tierras de España*. Ahora bien, han pasado ya los suficientes años para que en ningún momento se le pueda confundir con los prosistas del 98. Marquina es literariamente un poeta, un escritor que pertenece, pese a la fecha de su aparición, a una promoción posterior, una década más tarde, cuando ya las cicatrices están casi borradas y no es tan

— 445 —

heroico sentirse optimista ni tan imposible cantar a España sin desmentir la novedad de estilo y lengua.

En cambio, Villaespesa y Juan Ramón Jiménez, de tan diverso valor y ulterioridad evolutiva, coinciden en alumbrar su poesía sangrienta y adolescente hacia el año 98, sin que encuentren posible acomodo en su verso dolorido las fealdades plebeyas de la hora mártir. *Intimidades* o *La Copa del Rey de Thule* son los libros primerizos de Villaespesa, de un auténtico estilo elegíaco para quien sólo existe el reino interior y el mundo mágico de la parábola poética. Otro tanto puede decirse de *Ninfeas* o de las *Rimas* de Juan Ramón. Más tarde, uno y otro encontrarán momentos oportunos para cantar de un modo más o menos central a España: geografía, historia, héroes de espada o de pluma, nostalgias de desterrado, etc. Y mientras la facilidad perniciosa del almeriense le conducirá tantas veces al tópico de sí mismo, la exigencia creciente del moguerense le ensalzará al puesto de paladín de una nueva poesía, de una nueva ética estética en que el sentimiento patrio, por íntimo y delicado, apenas encontrará resquicio por donde hacerse ostensible. Juan Ramón Jiménez es también, como Marquina y más profundamente que él, un poeta de años después, un hermano menor de modernistas y de «los del 98», más de aquéllos que de éstos, si queremos atender a su vocación de pureza.

Otro poeta importantísimo, poeta clave, es Manuel Machado. Suele considerársele como poeta típico modernista y conviene discriminar un poco. Los totalmente modernistas, más que Manuel Machado y aun que el mismo Villaespesa, el más fiel de los españoles a la poética escuela, más que el mismo Rubén Darío, cuya grandeza y complejidad se evaden de todo concepto limitador, son los poetas hispanoamericanos, como un Lugones, un Valencia, un Herrera y Reissig y tantos otros más. El modernismo es un fenómeno histórico de origen y plenitud americanos. En España, todos los verdaderos poetas se contagiaron más o menos algún tiempo, pero luego se reafirmaron en una sobriedad española que les alejó del cabrilleo preciosista y del temario favorito de los contumaces modernistas. Manuel Machado fué maestro incomparable de la ligereza, de la gracia y de la abulia modernistas, más directamente aprendidas de un Verlaine que de un Darío. Pero al mismo tiempo y desde sus primeras publicaciones, se revela como un poeta español, sensible a la desventura patria, y da a todos el ejemplo cantando a la niña del poema del Cid y al propio Campeador en una poesía inmortal, que realiza el milagro de conciliar la levedad con la emoción más enraizadamente española. Pudo su voluntad morirse una noche de luna, pero no hasta el punto de que una bohemia de hetairas y poetas le inhabilite

para sentirse tan español como el jermías más tremebundo de la hora. En sus últimos años, Manuel Machado intervino para aclarar estas cosas y en algunos artículos, así como en su discurso académico, reivindica su abolengo de poeta inconfundiblemente español. Esto no quiere decir que en ningún momento pueda incluirse entre los genuinos escritores del 98, los del dolor, los del problema de España. Manuel Machado siente todo eso, pero su verso siempre elegante sabe callárselo y poetizar cosas de España con acento leal y afirmativo.

Y es que el poeta es o debe ser un hombre como todos los demás. No hace muchos días, un poeta español ha respondido a cierta impertinente enquesta en que se le demandaba cuál debía ser la actitud de un poeta ante la circunstancia del mundo con estas sencillas palabras: «la de cualquier persona decente». El poeta no tiene ninguna obligación de enjugar en verso las lágrimas de la patria ni las suyas propias ante la muerte de sus padres o de sus hijos. Hay un pudor de la tristeza y un pudor de la indignación que unos sienten más que otros. Eso es todo. El poeta no vota con sus versos este o el otro credo. Vota en las urnas como el matemático, el tendero o el oficinista. Y al poeta de vocación y expresión patriótica, política o ideológica hay que juzgarle independientemente de sus convicciones por el valor poético con que sepa exponerlas.

¿Consideraremos a Valle-Inclán como a un verdadero poeta? Seguramente que la mayor parte de los poetas actuales le negarían ese título, aun guardando para su obra en verso y prosa la más legítima admiración. Valle-Inclán fué un maravilloso artista de la palabra, un extraordinario prosista y un virtuosísimo artífice del verso. Fué el más modernista de los prosistas y quizá de los poetas o escritores en verso. Pero su obra en verso permanece ajena a la preocupación de España y a los temas típicos de los del 98. Una visión grotesca y peregrina de América y de la España del siglo XIX le llevó en su última etapa a coincidir con la crítica seria de los grandes prosistas del 98, pero esta coincidencia relativa sólo se establece en momentos y con alcances ya totalmente nuevos que nada tienen que ver con las disconformidades iniciales de un Unamuno, un Maeztu, un Baroja o un *Azorín*.

Entre estos nombres insignes, hay alguno que debe ser recordado al hablar de poesía. No precisamente Baroja, autor—en viruelas de vejez—de un mediano libro de versos sin jugo de poesía. Pero sí *Azorín*, delicado poeta en prosa que sabe contemplar horas, alma, paisajes de España, fundiendo en su estilo transparente impresiones de una sensibilidad susceptible y juicios sobre el pasado y el presente español impregnados del espíritu del tiempo, oscilante entre la ironía creadora y el nihilismo desen-

— 447 —

ganado. *Azorín* es quizá el más «98» de todos nuestros escritores. Pero estudiar la veta poética que enriquece su mina y lo que en ella cuenta su sensibilidad española excede mis posibilidades de hoy.

Y nos quedan dos poetas, esto sí que sí verdaderos poetas y auténticos hombres del 98: Miguel de Unamuno y Antonio Machado. Aun así, su obra poética se produce con bastante posterioridad a la fecha. El primer libro de Unamuno data de 1907 y el primero de Machado en que poetiza el tema de España, de 1912. Y es que ambos son ejemplos insignes de poetas maduros, que tardan en llegar al cenit de su órbita. Verdad es que el profesor de Salamanca no espera ni un instante para desahogar su emoción de español en una novela, ya antes del 98, y en ensayos antes, en y después. Pero es el prosista el que así se manifiesta con tremenda sinceridad y apasionamiento. No nos toca estudiar su ideario y la evolución que experimenta según la experiencia le va aleccionando. Las pocas poesías que de él se conocen antes de publicar su primer libro no le perfilan todavía como al gran poeta de la España eterna o de la España moribunda que nos estremecerá después en los sonetos y romances de su edad madura y de su ancianidad. El dolor de España—manifesto quizá más apasionadamente y sobre todo con mayor excelencia expresiva en su verso que en su prosa—le convierte en el vocero, en el gran profeta de la agonía y resurrección de España. Su emblema, el mote sublime de su sentimiento patrio, queda eterno e indeleble en una de sus frases que corrige por elevación una consigna medieval: «Somnia Dei per hispanos».

Más acendrado y puro poeta que don Miguel es don Antonio Machado, que por superioridad de formación estética y de concentración filosófica sobre su gran maestro «el gigante ibérico» del país vasco, consigue la plenitud y la hermosura total del verso del 98. También, según hemos dicho, con retraso. La poesía, la mejor poesía necesita esas perspectivas de espacio o de tiempo, necesita años para decantarse y sentir la imperiosidad de romper a hablar. Pero cómo habló por boca del poeta más esencial de nuestro tiempo. Fué su vida en Soria, su cotidianidad en el paisaje y el alma de Castilla la Mejor, que para él era la Vieja, la que alumbró en su alma generosa una viva fuente de poesía española. Todos los supuestos mentales de los pensadores del 98 están traspuestos a transparencia de poesía en el verso ancho y lento de *Campos de Castilla* y en otros poemas posteriores. El paisaje, el destino incierto de la patria, la disconformidad con ciertos aspectos de la tradición costumbrista, la profunda esperanza en las virtudes y en el destino de la altiva y solitaria España y, por encima de la contingencia temporal, la sombra enorme del *Dios ibero*. En su última etapa encuentra el poeta,

— 448 —

con la creación de otros poetas imaginarios a que debe el ser, pretexto para explayar su personal filosofía y su concepto de España y del mundo, en tanto que su poesía se eleva cada vez más a la pura abstracción metafísica. Y gracias a la poesía de Antonio Machado, los poetas que amanecerán en la luz de España a nuevas y más dolorosas pruebas, se sentirán interiormente confortados y aprenderán a callar o a cantar, pero siempre con el pensamiento puesto en la más eterna y noble España.

GERARDO DIEGO